

La Vida de San Ignacio de Loyola

Padre Norman B. O'Neal, SJ

San Ignacio y Sus Primeros Años

Iñigo de Loyola nació en 1491 en Azpeitia, en la provincia vasca de Guipúzcoa en el norte de España. Era el más pequeño de trece hijos. A los 16 años sus padres lo enviaron a servir como paje de Juan Velázquez, el administrador del reino de Castilla. Como miembro de la casa de Velázquez, Iñigo frecuentaba la corte y desarrolló el gusto por los placeres que ésta ofrecía, especialmente las mujeres. Era adicto al juego, le gustaban las batallas y tomaba parte en duelos de vez en cuando. De hecho, en una querrela entre los Loyola y otra familia, Ignacio, su hermano, y otros parientes dieron una emboscada a algunos clérigos que eran miembros de la otra familia. Ignacio tuvo que escaparse de la ciudad. Cuando por fin lo llevaron ante la justicia, alegó inmunidad clerical utilizando la excusa de que había sido tonsurado de muchacho, y por lo tanto estaba exento de persecución civil. La defensa había sido engañada porque durante muchos años Ignacio había vestido como guerrero, con escudo y armadura, llevando espada y otras armas — ciertamente no el traje normal de un clérigo. El caso se prolongó por semanas, pero al parecer los Loyola eran poderosos. Probablemente gracias a la influencia de su poder, se abandonó el pleito contra Ignacio.



En mayo de 1521, cuando tenía 30 años, se encontró defendiendo como soldado la fortaleza de Pamplona contra los franceses, que aseguraban soberanía del territorio ante España. Los españoles eran de número muy inferior, y el comandante de las fuerzas españolas querían rendirse, pero Ignacio lo convenció de que siguiera luchando, si no por la victoria, por la honra de España. Durante la batalla, una bala de cañón alcanzó a Ignacio, hiriéndole en una pierna y rompiéndole la otra. Como admiraban su valentía, en lugar de encarcelarlo, los franceses lo llevaron a que se recuperara en su hogar, el castillo de Loyola.

Los huesos de la pierna se unieron, pero la pierna estaba torcida, así que hubo que volver a romperla y reescayolarla. Y todo se hizo sin anestesia. Ignacio empeoró y al fin los médicos le dijeron que se preparase a morir.

El día de San Pedro y San Pablo, (29 de junio) tuvo una repentina mejoría. La pierna se curó, pero un hueso le sobresalía por debajo de la rodilla, y le quedó, una pierna más corta que la otra. Para Ignacio, que estaba convencido de que el no poder calzar botas y no vestir el traje de cortesano era peor que la muerte, esto resultaba inaceptable. Por lo tanto, pidió a los médicos que le aserrasen el hueso que sobresalía y le alargasen la pierna estirándosela gradualmente. Todo esto, de nuevo, sin anestesia. Desgraciadamente, el método no dió resultado. Por el resto de su vida habría de cojear, ya que le quedó una pierna más corta que la otra.

Conversion de San Ignacio

Durante las largas semanas de su recuperación, se aburría terriblemente y pidió que le llevaran novelas para pasar el rato. Afortunadamente, no había ninguna en el castillo de Loyola, pero sí había una copia de la vida de Cristo y un libro de santos. Desesperado, Ignacio empezó a leerlos. Cuando más leía, más se daba cuenta de que las aventuras de los santos eran dignas de fama y gloria, así como el de conseguir el amor de cierta dama noble de la cone, cuya identidad nunca hemos descubierto, pero que parece haber sido de sangre real. Se dió cuenta, sin embargo de que, después de leer sobre los santos y Cristo, quedaba en paz y satisfecho. Pero cuando terminaba de soñar despierto con su dama un largo rato, se sentía inquieto e insatisfecho. Esto no sólo fue el inicio de su conversión, sino también el comienzo de su discernimiento espiritual, o discernimiento de espíritus, que se asocia con Ignacio y se describe en los *Ejercicios Espirituales*.



Los *Ejercicios* reconocen que no sólo la inteligencia, sino también las emociones y sentimientos nos pueden llevar al conocimiento de la acción del Espíritu en nuestras vidas. Al fin, completamente recuperado de sus viejos deseos y planes de romance y conquistas mundanas, y curado de sus heridas lo suficiente como para viajar, dejó el castillo en marzo de 1522.

Había decidido que quería ir a Jerusalén para vivir donde nuestro Señor había pasado su vida en la tierra. Como primer paso, inició un viaje hacia Barcelona. Aunque se había convertido totalmente de sus viejas costumbres, aún le faltaba un verdadero espíritu de caridad y comprensión cristiana, como demuestra el encuentro en el camino con un moro. Cabalgando sus mulas, el moro e Ignacio



caritativa que su jinete, y se fue por el otro lado.

llegaron a un punto en el camino y empezaron a debatir asuntos religiosos. El moro decía que la Virgen María no había sido virgen después del nacimiento de Cristo. A Ignacio esto le pareció un gran insulto que se vió en un dilema sobre qué hacer. Llegaron a un desvío en el camino, e Ignacio decidió que iba a dejar a las circunstancias dictarle el curso a tomar. El moro se fue por un lado. Ignacio dejó caer las riendas de su mula. Si la mula seguía al moro, Ignacio le mataría. Si la mula se iba por el otro lado, dejaría vivir al moro. Afortunadamente para el moro, la mula fue más

Ignacio llegó al santuario benedictino de Nuestra Señora de Montserrat, hizo confesión general, y oró de rodillas toda la noche ante el altar de Nuestra Señora, según las reglas de la caballería. Dejó su espada y daga ante el altar, y salió, dió todas sus ropas a un pobre, y se vistió con ropas pobres, sandalias, y un bastón.



La Experiencia de Manresa



Continuó hacia Barcelona, pero se detuvo cerca del río Cardener en un pueblo llamado Manresa. Se quedó en una cueva en las afueras de la ciudad, con la intención de estar unos pocos días, pero permaneció durante diez meses. Cada día pasaba unas horas en oración y trabajaba en un orfanato. Mientras estaba allí, empezó a desarrollar las ideas sobre las que se moldeó, lo que ahora conocemos como *Ejercicios Espirituales*. Fue también en las orillas de este río donde tuvo una visión que se considera la más importante de su vida. La visión era más bien una iluminación. más tarde comentó, que había aprendido más en

esa ocasión que en el resto de su vida. Ignacio nunca reveló exactamente cual fue la visión, pero parece haber sido un encuentro con Dios de manera que la creación aparecía con un nuevo sentido, y una importancia y significados nuevos. Esta fue una experiencia que capacitó a Ignacio para encontrar a Dios en todas las cosas. Esta gracia de encontrar a Dios en todo es una de las características centrales de la espiritualidad jesuita.

El propio Ignacio nunca prescribió un tiempo fijo para la oración en las reglas para los jesuitas. De hecho, al encontrar a Dios en todas las cosas, todos los momentos son momentos de oración. Por supuesto que no excluía la oración formal, pero se diferenció de otros fundadores acerca de la imposición de un tiempo o duración especial para la oración. Una de las razones por las que algunos se opusieron a la fundación de la Compañía de Jesús fue que Ignacio se proponía eliminar el canto del Oficio Divino en el coro. Esto era una desviación radical de la costumbre, porque hasta ese momento, todas las órdenes religiosas tenían la obligación de rezar el oficio en comunidad. Para Ignacio tal recitación suponía que habría que interrumpir el tipo de actividades contempladas por la Compañía. Poco después de la muerte de Ignacio, el Papa de ésta época estaba tan disgustado con esto, que impuso a los jesuitas la recitación del Oficio Común. Afortunadamente el Papa siguiente fue más comprensivo y dejó que los jesuitas regresaran a su práctica original.

Fue también durante este período en Manresa cuando, aún faltándole la verdadera sabiduría sobre la santidad, se impuso a sí mismo penitencias muy severas, tratando de superar lo que había leído en la vida de los santos. Es posible que algunos de estas mortificaciones, especialmente el ayuno, arruinara su estómago, lo cual le causó problemas durante el resto de su vida. Todavía no había aprendido la moderación y una auténtica espiritualidad. Por eso probablemente la congregación que fundó más tarde no tuvo ninguna penitencia prescrita, como hacían otras órdenes.

Por fin llegó a Barcelona, tomó un barco hacia Italia, y arribó en Roma, donde su reunió con el Papa Adriano VI y le pidió licencia para ir en peregrinación a Tierra Santa. Una vez que llegó a Tierra Santa, se quiso quedar allí, pero el superior franciscano le dijo que la situación era demasiado peligrosa. (Por entonces los turcos musulmanes tenían el control de Tierra Santa.) El superior ordenó a Ignacio que se marchara. Ignacio se negó, pero cuando se le amenazó con la excomunión, se marchó obedientemente.

El Regreso a la Escuela

Para este momento Ignacio tenía 33 años y estaba decidido a estudiar para el sacerdocio. Pero no sabía latín, un requisito esencial para los estudios universitarios en aquellos tiempos. Así que regresó a la escuela a estudiar una escuela de Barcelona. Allí mendigaba comida y alojamiento. Después de dos años pasó a la universidad de Alcalá de Henares. Su celo lo metió en algunos problemas, del mismo tipo de los que habría de encontrar a lo largo de su vida. Reunía a los estudiantes y adultos para explicarles los evangelios y enseñarles a orar. Sus esfuerzos llamaron la atención de la Inquisición y le metieron en la cárcel por 42 días. Cuando fue puesto en libertad, le dijeron que evitara enseñar a otros. La Inquisición española era un poco paranoica y cualquiera que no estuviera ordenado era sospechoso (así como muchos de los ordenados).



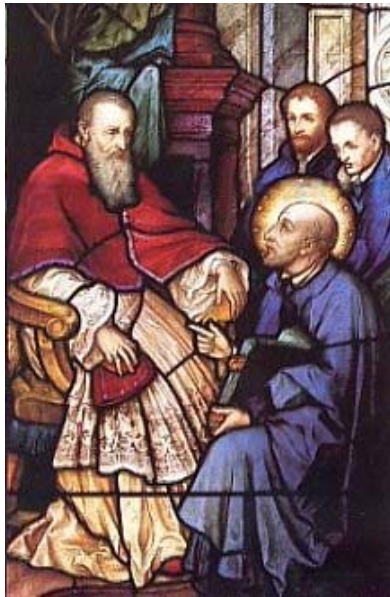
Como no podía vivir sin ayudar a otros, Ignacio se trasladó a la universidad de Salamanca. Allí, en menos de dos semanas, los dominicos lo metieron en la cárcel otra vez. Aunque no podían encontrar nada herético en sus enseñanzas, le dijeron que solamente podía enseñar a niños y únicamente las verdades religiosas básicas. Una vez más se puso en marcha, esta vez hacia París.

En la universidad de París empezó a estudiar otra vez gramática latina, literatura, filosofía y teología. Se pasaba un par de meses cada verano mendigando en Glandes para conseguir el dinero que necesitaba para mantenerse y pagar sus estudios durante el resto del año. Fue también en París donde empezó a compartir una habitación con Francisco Javier y Pedro Faber. El tenía mucha influencia sobre sus compañeros de estudios (Javier fue el más duro de moldear, porque estaba principalmente interesado en éxitos y honores mundanos), y les dirigía siempre en un momento dado a los treinta días de lo que ahora llamamos *Ejercicios Espirituales*. Al fin seis de ellos ade más de Ignacio decidieron hacer votos de castidad y pobreza e ir a Tierra Santa. Si Tierra Santa se hacía imposible, irían a Roma y se pondrían a disposición del Papa para lo que éste quisiera

ordenar. No pensaban hacer esto como orden o congregación religiosa, sino como sacerdotes individuales. Esperaron durante un año, pero no había barco que los llevara a Tierra Santa a causa del conflicto entre cristianos y musulmanes. Mientras esperaban, empezaron a trabajar en hospitales y a enseñar catecismo en distintas ciudades del norte de Italia. Fue en este tiempo cuando Ignacio fue ordenado sacerdote, pero no dijo misa en un año. Se piensa que él quería decir su primera misa en Jerusalén, en la tierra donde había vivido Jesús.

La Compañía de Jesús

Junto con otros dos compañeros, Pedro Faber y Diego Laínez, Ignacio decidió ir a Roma y ponerse a disposición del Papa. A unas cuantas millas de la ciudad, Ignacio tuvo la segunda de sus experiencias místicas más significativas. En la capilla de La Storta, donde se habían detenido a orar, Dios Padre le dijo a Ignacio, "te seré favorable en Roma" y que le colocaría cerca de su Hijo. Ignacio no sabía lo que quería decir esta experiencia, porque podría significar persecución o éxito ya que Jesús había experimentado ambos. Pero se sintió confortado porque, como escribió San Pablo, estar cerca de Jesús incluso en la persecución, era ya un éxito. Cuando se reunieron con el Papa, éste, muy contento, los puso a trabajar en la enseñanza de las Escrituras en teología y en la predicación. Allí, en Roma, en la mañana de navidad, Ignacio celebró su primera misa en la iglesia de Santa María la Mayor, en la capilla de la Natividad. Se creía que esta capilla era el pesebre real de Belén, así que si Ignacio no iba a conseguir cantar su primera misa en Tierra Santa, por lo menos esto sería lo más cercano.



Durante la Cuaresma siguiente (1539), Ignacio pidió a sus compañeros que fueran a Roma a discutir el futuro. Nunca habían pensado en fundar una orden religiosa, pero ahora que era imposible ir a Jerusalén, tenían que pensar en su futuro – lo iban a pensar juntos. Después de muchos meses de oración y discusión, decidieron formar una comunidad, con la aprobación del Papa, en la que hicieran un voto de obediencia a un superior general que ostentaría el cargo de por vida. Se pondrían a disposición del Santo Padre para viajar a donde deseara enviarlos para los deberes que juzgara apropiados. A los votos ordinarios de pobreza, castidad, y obediencia se añadió un voto en este sentido. La aprobación formal de esta nueva orden fue concedida por el Papa Pablo III el año siguiente, el 27 de septiembre de 1540. Desde entonces se llamaron a sí mismos la Compañía de Jesús (en latín *Societatis Jesu*). En la primera votación Ignacio resultó elegido como superior, pero les suplicó que lo reconsideraran, oraran, y votaran de nuevo a los pocos días. El Segundo voto salió exactamente como el primero, unánime a favor de Ignacio

excepto su propio voto. Se resistía a aceptar, pero su confesor franciscano le dijo que era la voluntad de Dios, y por lo tanto, accedió. El viernes de la Semana de Pascua, 22 de abril, 1541, en la Iglesia de San Pablo Extramuros, los amigos emitieron sus primeros votos en la orden recién constituida.

Los Últimos Años

Ignacio, cuyo primer amor era ser activo en la enseñanza de catecismo a los niños y en la dirección de adultos en los *Ejercicios Espirituales*, y trabajar en los hospitales y entre los pobres, habría de sacrificar su pasión durante los siguientes quince años – hasta su muerte – y trabajar desde dos pequeños cuartos, su dormitorio y su despacho, dirigiendo su nueva sociedad a través del mundo. Pasó años componiendo las Constituciones de la Compañía y escribió miles de cartas a todos los rincones de la tierra a sus compañeros jesuitas sobre los asuntos de la comunidad y a hombres y mujeres laicos dirigiéndolos en su vida espiritual. Desde este minúsculo lugar en Roma, vivió para ver a la Compañía crecer de ocho hasta mil miembros, con universidades y casas por toda Europa y hasta en Brasil y Japón. Algunos de los primeros compañeros fueron los teólogos del Papa en el Concilio de Trento, un acontecimiento que jugó un papel muy importante en la Contrarreforma Católica.

Al principio Ignacio escribía sus propias cartas, pero al crecer la Compañía en número, y extenderse por todo el mundo, se le hizo imposible comunicarse con todos y al mismo tiempo dirigir la nueva orden. Por lo tanto se nombró en 1547 a un secretario, el Padre Polanco, para ayudarlo con su correspondencia. Sabemos que Ignacio escribió alrededor de 7,000 cartas durante su vida, y la mayoría de ellas después de convertirse en Superior General de los Jesuitas. Ignacio consideraba que la correspondencia entre los jesuitas era uno de los elementos más importantes para promover la unidad. La separación de los jesuitas por todo el mundo era una de las amenazas más grandes para el crecimiento, el apostolado, y la unidad de la Compañía. Por lo tanto, él no sólo escribía a todas las casas de la Orden, sino que también exigía que los distintos superiores de todo el mundo escribieran a Roma regularmente para informarle de lo que estaba ocurriendo en sus respectivas casas. Esta información se podría pasar después a las casas de la Compañía de todo el mundo.

En sus cartas a los miembros de la Compañía, trataba siempre a cada persona como individuo. Era tremendamente amable y suave con los que le daban más problemas. Por otro lado, con los que eran más santos y humildes, a veces parecía ser áspero, evidentemente porque sabía que podían aceptar las correcciones sin rencor, sabiendo bien que Ignacio los quería y buscaba solamente su bien espiritual. El padre Diego Laínez, uno de los primeros compañeros de Ignacio, era provincial en el norte de Italia. Había hecho un par de cosas que habían puesto a Ignacio en un aprieto, incluyendo algunos compromisos que Ignacio no podía cumplir. Además, Laínez expresaba a otros sus desacuerdos sobre algunos cambios de personal que había hecho Ignacio.

Ignacio escribió a Laínez a través de su secretario Polanco: "El (Ignacio) me ha pedido que te escriba y te diga que te ocupes de tu propia posición, que si haces eso bien, ya estarás haciendo bastante. No te debes preocupar en darle to opinión sobre sus asuntos, porque no desea to opinión, a no ser que él mismo te la pida, y ahora mucho menos que antes de que tomaras posesión, ya que la administración de tu propia provincia no te da mucho crédito a sus ojos. Examina tus errores en presencia de Dios nuestro Señor, y por tres días, ora sobre esto." ¿Quién dijo que los santos eran todo dulzura?



Para honra de Laínez, recibió esta severa crítica con humildad y elegancia, pidiendo que se le impusieran duras penitencias, que le quitaran de su puesto, y se le enviara al trabajo más humilde de la Compañía. Ignacio ni siquiera mencionó el incidente nunca más, y dejó a Laínez que siguiera adelante como hasta entonces. Laínez sucedería a Ignacio como segundo Superior General de la Compañía de Jesús.

Un superior de menos humildad que Laínez no acertaba a comprender la importancia de escribir a Roma con todo lo que pasaba en su casa. Con tacto y bondad, para no herir los sentimientos de este superior, pero quizá con un toque de sarcasmo, Ignacio le escribió: "No to sorprenderá saber que de vez en cuando se envíen críticas desde Roma...Si tengo que pararme en ellas con detenimiento, no le heches la culpa a tus propias acciones, sino también al alto concepto que se ha formado aquí sobre to fortaleza, en el sentido de que eres hombre a quien se le pueden decir las verdades...hiciste bien en observar obediencia en el asunto de escribir todas las semanas...Pero, ya que las cartas estaban escritas, deberías haberte asegurado de encontrar a alguien que las llevara y las entregara a su destino."

Al mismo tiempo que tenía el celo de llevar a la gente a Dios, y ayudarles espiritualmente, Ignacio seguía siendo una persona práctica y de sentido común. Un jesuita se había quejado de tener a gente demasiado piadosa que, sin fundamentos, monopolizaba su tiempo. A través de Polanco, Ignacio le explicó cómo tratar caritativamente a esa gente sin ofenderla. "Nuestro padre (Ignacio) hizo otro comentario sobre cómo liberarse de alguien sobre quien no cabe abrigar esperanza de poder ayudar. Sugiere que se le hable discretamente del infierno, del juicio, y cosas así. En ese caso, no regresaría, o, si lo hiciera, seguramente se sentiría tocado por el Señor."

Habia un obispo que le tenía mucha manía a la Compañía. Se negaba a aceptar a la nueva orden en su diócesis y excomulgaba a quienes hacían los *Ejercicios Espirituales*. Los jesuitas le llamaban "Obispo Cilicio." Ignacio les dijo a los jesuitas que estaban preocupados con su actitud que se tranquilizaran. "El obispo Cilicio es un viejo. La Compañía es joven. Podemos esperar."

Los Jesuitas y Las Escuelas



Quizá la obra más conocida de la Compañía de Jesús iniciada por Ignacio fuera la educación, pero es curioso ver que él, al comienzo, no tenía intención de incluir la enseñanza entre las actividades de los jesuitas. Como se mencionó ya, la intención de los primeros miembros era ponerse a disposición del Papa para ir a donde fueran más necesarios. Para 1548 Ignacio había abierto escuelas ya en Italia, Portugal, Holanda, España, Alemania e India, pero estaban destinadas principalmente a la educación de los novicios y aspirantes a jesuitas. La apertura de diez colegios en seis años indicaba el rápido crecimiento

de los jesuitas. Pero en 1548, a petición de los magistrados de Mesina en Sicilia, se incorporaron alumnos laicos así como jesuitas. Pronto a juzgar por las ciudades, se hizo evidente que este trabajo era efectivamente uno de los modos más eficaces de corregir la ignorancia y corrupción entre el clero y los fieles, detener el retroceso de la Iglesia ante la Reforma, y cumplir el lema de la Compañía de Jesús: *Ad Majorem Dei Gloriam* — para la mayor gloria de Dios.

Ignacio expresó esto en carta al Padre Araoz, "Cuanto más universal es el bien, más divino es. Por lo tanto se debe dar preferencia a aquellas personas y lugares que, a través de su propia mejora, se convierten en una causa que puede extender el bien logrado a muchos otros, que están bajo su influencia o toman orientación de ellos...Por la misma razón, también, se debe mostrar preferencia a la ayuda que se otorga a...universidades, a las que normalmente acuden muchas personas que al recibir ayuda, se convierten en trabajadores para la ayuda de otros."

Esto estaba de acuerdo con uno de los principios de Ignacio para escoger apostolados: en igualdad de oportunidades, escoger los apostolados que influyen sobre aquellos que tienen más impacto sobre otros. Quizá esta idea fue mejor expresada en una carta que escribió sobre la fundación de colegios universitarios en Diciembre de 1551: "De entre los que ahora son solamente estudiantes, a su hora algunos saldrán a jugar diversos papeles — unos a predicar y dedicarse al cuidado de las almas, otros al gobierno de la tierra y a la administración de la justicia, y otros a vocaciones diversas. Finalmente, como los jóvenes se hacen hombres, su buena formación en vida y en doctrina será beneficiosa para muchos otros, y los frutos se extenderán más ampliamente día tras día." Desde entonces, Ignacio ayudó a establecer escuelas y universidades jesuitas por toda Europa y el mundo entero.

Ignacio como Hombre

Probablemente sea cierto que la imagen de Ignacio que tiene mucha gente es la de un soldado: severo, de voluntad férrea, práctico, poco expresivo de emociones — una personalidad no muy atractiva ni cordial. Pero si esa imagen fuera exacta sería difícil percibir cómo pudo haber tenido una influencia tan fuerte sobre quienes lo conocieron. Luis Goncalves de Cámara, uno de sus asociados más íntimos, escribió: "Ignacio siempre se inclinaba al amor; es más, parecía que era todo amor, porque era amado por todos universalmente. No había nadie en la Compañía que no sintiera un gran amor por él y no se considerara amado por él."

A veces lloraba tanto en misa que no podía continuar hablando por algún tiempo, y temía que este don de lágrimas le pudiera hacer perder la vista. Goncalves de Cámara dijo: "Cuando no sollozaba tres veces durante la misa, se consideraba falto de consuelo." Consideramos a muchos santos como grandes místicos, pero nunca pensamos en Ignacio como uno de ellos. Hemos contado aquí algunas de las muchas visiones y experiencias místicas de su vida. Su santidad, sin embargo, no consistía en esas experiencias, sino en el gran amor que dirigía su vida a hacer todo AMGD, para la mayor gloria de Dios.

Ultima Enfermedad



Desde sus días de estudiante en París, Ignacio había sufrido del estómago y sus dolores se agravaron en Roma. En el verano de 1556, su salud empeoró, pero su médico pensaba que, como en otras ocasiones, podría sobrevivir el verano. Pero Ignacio sospechaba que se acercaba el fin. En la tarde del 30 de Julio pidió a Polanco que fuera a pedir la bendición del Papa para él, dando así a entender a Polanco que se estaba muriendo. Polanco, sin embargo, confiaba en el doctor más que en Ignacio y le dijo que tenía que escribir muchas cartas ese día y que a buscar la bendición al día siguiente. Aunque Ignacio indicó que preferiría que fuera esa misma tarde, no

insistió. Un poco después de la media noche, Ignacio empeoró. Polanco corrió al Vaticano a buscar la bendición papal, pero ya era demasiado tarde. El ex-cortesano y soldado que había dirigido su mirada a otra cone y a una batalla distinta, había entregado su alma en las manos de Dios. Ignacio fue beatificado el 27 de julio de 1609, y canonizado por el Papa Gregorio XV el 12 de marzo de 1622, junto con San Francisco Javier. La iglesia universal y los jesuitas celebran la fiesta de Ignacio el 31 de julio, el día de su muerte.

El padre O'Neal escribió esta breve narración de la vida de San Ignacio para ayudar a los profesores laicos, personal y estudiantes de la Secundaria Jesuita de Nueva Orleans a conocer mejor al fundador de la orden cuyo nombre ha honrado esta escuela por más de 140 años. Agradecemos su permiso para reimprimir este trabajo.